

INICIO DESCONCERTANTE

Sen Genaro Borrego

Vicente Fox ha asumido formalmente su responsabilidad constitucional. Es Presidente de México, y por tanto, es el depositario del Poder Ejecutivo Federal. Durante seis años su desempeño trascenderá para bien y para mal. Todo lo que haga y diga tiene importancia, peso y repercusiones. Ya no será solamente la persona la que hable y actúe, sino la investidura presidencial. El equilibrio de impone, sobre todo en estos tiempos decisivos en la construcción de un nuevo régimen político; ni la investidura debe apabullar a la persona ni la persona debe adueñarse de la investidura. Es inevitable, y desde luego lógico y natural que se dé un “estilo personal de gobernar”, como decía Cossío Villegas; sin embargo, debe haber límites. En nuestro país tenemos evidencias negativas cuando no se tiene noción de los límites de sobriedad republicana y de representatividad institucional que la investidura impone. Cuando los excesos en el protagonismo personal rebasan el ámbito institucional, es entonces un aviso de posibles excesos en perjuicio de los espacios de decisión democrática y del equilibrio mismo de los poderes públicos.

El día 1º de diciembre vivimos precisamente hechos que desconciertan en la actitud asumida por el Presidente. En el discurso de toma de posesión en San Lázaro, percibimos equilibrio, institucionalidad y espíritu republicano; sin embargo, en sus eventos restantes notamos hechos cargados de personalismo, de populismo, pero sobre todo, de símbolos que constituyen una mala señal para nuestra República.

En lo que respecta al discurso presidencial, hubo un mensaje de concordia que reflejó, además, que existe una clara noción del contexto político actual y de las necesidades políticas que requeriremos para mantener la estabilidad y gobernabilidad democráticas. Así, es de destacarse del mensaje la visión del Presidente sobre las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo, al señalar que “en esta nueva época de ejercicio democrático, el Presidente propone y el Congreso dispone”. Asimismo, cuando reconoce que “ahora más que nunca gobernar exige dialogar”, aceptando que “la fuerza de la Nación no puede venir ya de un solo punto de vista, de un solo partido o de una sola filosofía”. Por tanto, los conceptos democráticos y republicanos del discurso son muy claros.

Sin embargo, los eventos y conductas del Presidente durante ese día no resultan congruentes con sus palabras. Basta para ello analizar algunos casos.

En primer término, resulta desconcertante que el Presidente de la República haya estado dispuesto, tanto en la lectura de la toma de protesta como en el momento de iniciar su mensaje, no digamos a violar las normas constitucionales y de protocolo parlamentario, sino también, a violar en aras del ingenio o la popularidad su propia investidura. Ello debemos de destacarlo porque es inaceptable que un Presidente de la República se dirija primero a individuos –aunque sean de su familia- que al Congreso de la Unión, el cual, solemnemente, espera el mensaje y la protesta. Aunada a dicha violación republicana, fue lastimoso que haya alterado el texto constitucional de la propia toma de protesta; ese hecho evidencia la confusión que el Presidente tiene de creer que respetar lo solemne es alejarse de la sociedad, siendo que la realidad es muy distinta: si se viola la solemnidad constitucional, se incumple con la norma y, por ende, con el mandato soberano del pueblo. Ciertamente, fue un gesto sutil, pero significativo en términos de la valoración que tiene el Primer Mandatario sobre las reglas institucionales más elementales.

Por otra parte, el evento del Auditorio Nacional resulta por demás insinuante, no sólo por haber recibido un Cristo en pleno podium, cuando es un representante del Estado laico, sino por haber omitido ante los representantes populares algunos de los pronunciamientos realizados en el Auditorio Nacional. ¿Acaso piensa el Señor Presidente eludir en ciertos casos al Congreso para transitar de un gobierno republicano a uno de carácter plebiscitario?

Igualmente cuestionables son las manifestaciones que el Presidente de la República ha tenido al exhibir su fe católica, aprovechando ésta para ganar popularidad. Dichos tintes populistas cargados de religiosidad no son sino combinaciones peligrosas ya superadas históricamente no sólo en la historia de nuestra Nación, sino también, en la de los Estados modernos: “al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. De otra forma, la investidura presidencial puede despertar fanatismos peligrosos, en perjuicio de la estabilidad republicana. Cuidado.

Finalmente, algunos de los eventos de gala y de carácter masivo que se han vivido en el fin de semana, contradicen el compromiso asumido por el Presidente, cuando señaló que: “... gobernaré alejado del culto a la personalidad...”. Ojalá que así sea, por el bien de nuestra República, de nuestra democracia y de nuestra sociedad. Ojalá que el desconcierto, sea sólo parte de un nuevo comienzo. Pero no olvidemos la expresión, que ya casi es un lugar común, sin que por ello entrañe una gran verdad: “La forma es fondo”. Hasta el próximo martes.

Diciembre 4 del 2000.